

La Escuela de los Profetas

**Una forma de enseñar
cuando no se quiere aprender**

Entrevista PM a Gregorio Ruiz

Gregorio Ruiz es Profesor de Sagrada Escritura/Antiguo Testamento y de Lengua Hebrea en la Universidad de Comillas. Atiende por «Goyo» desde muy pequeño, aunque en él lo más típico fue siempre ser grandón, listo y bueno. De paso por PM, en La Coruña, y dada su especialidad en el tema de los Profetas, quisimos hacerle unas preguntas de tono pedagógico y educativo: al fin y al cabo, el profetismo es una escuela, y escuela dura para testarudos: «una forma de enseñar cuando no se quiere aprender».

PM.—Quizá lo que se ve así, más directamente, es que el pueblo hebreo ha sido educado para ser un grupo. ¿Hasta qué punto se logró esa idea?

GR.—Es una idea muy básica en todo el pensamiento hebreo y recorre la Biblia de punta a cabo. Es una experiencia profunda: no estamos solos en nada de lo que hacemos y todas nuestras acciones repercuten en los demás. Es la idea de cuerpo que luego expone San Pablo. Es la palabra que muchas veces se ha dejado por parecer cursi y espiritualista: ser «edificantes» o «desedificantes» para los demás no es sólo servir de modelo para otros, sino, sobre todo, contribuir o no a construir en común el edificio de todos o tratar de minar y destruirlo.

PM.—Esa idea de grupo ¿es algo que los hebreos ven como logrado, hecho, o se trata de un sentimiento dinámico de que todo se va haciendo continuamente?

GR.—El griego ve la realidad como algo que es divisible en conceptos y que yo puedo llegar a conocer como algo que es divisible. El hebreo, no. El hebreo ve la realidad como algo vivo y dinámico. Para el hebreo el verbo «ser» no es copulativo: significa más bien devenir, es lo que se hace. Por ejemplo, también, la palabra «sitio»: para el griego significa algo así como donde estamos; este es el sitio, porque estamos allí sentados. En cambio, en hebreo, el sitio es donde algo se levanta; es una concepción dinámica de la existencia. El espíritu hebreo no piensa que puede captar la realidad, sino que le sobrecoge esta realidad y está en maravilla continua, se deja coger por lo sublime y admirable.

PM.—En parte, la educación del pueblo hebreo va al «cambio de actitudes». ¿Cómo se intentó conseguir esto?

GR.—Los Profetas, en este sentido, han sido siempre unos verdaderos maestros. Porque es muy difícil, ya lo decía Aristóteles, el que uno cambie de modo de ser: «Si uno tiene una actitud equivocada, lo que le pasará, es que ya está malo su ojo. Lo primero que se nos pone malo es el ojo» ¿Por qué? Porque uno es más listo que el lucero del alba y enseguida busca razones para defenderse y justificarse. Es lo que suele llamarse «reducción de disonancias» para poder seguir viviendo».

Por ello, los Profetas dan una vuelta para no atacar de frente, ya que uno siempre se defiende y justifica. Usan lo que se llama la técnica del «espejo provocador». Y le llegan a David y le dicen: «Vengo a contarte una cosa horrible que acaba de suceder. Pues nada, un señor que tenía un rebaño de más de mil ovejas y que va, y que para cenar un día, va y coge por la fuerza y le quita una ovejita a un pobrecillo, que era la única que tenía y la que le daba su leche y de la que estaba viviendo...» Claro, David reacciona y dice: «¿Pero qué es lo que está pasando en mi reino? ¡Venga, hay que actuar rápido!» Y alguien le dice: «Eso hiciste tú cuando...» Es la técnica del espejo provocador; cuando ya está podrido tu ojo para verte a ti mismo, van y te ponen delante algo para lo que tu ojo no está podrido todavía: ver la injusticia en los demás y luego aplicarla a ti mismo. «Un amigo mío, dice, tenía una viña y, bueno, es que derrochó allí todo el capital; la quitó las piedras, hizo una torre, podó la viña, la limpió, la abonó. Y, oye, que cuando va a la vendimia, en vez de uvas, le dio agrazones. ¿Qué me aconsejáis? ¿Qué le diría yo a mi amigo?...» «Que la quemé rápidamente, que la quemé; que no invierta más dinero...» Bueno, lo que os quiero decir, es que esa viña sois vosotros con Dios». Es un efecto pedagógico del espejismo.



PM.—Sin embargo, muchas veces los Profetas usan un método más directo: «¡Ay de vosotros...!» Lo del espejo, vale: es como una forma indirecta para que el otro reflexione y cambie de actitud. ¿Pero tú crees que el poner perdido al otro, así, en público, cambia algo o más bien construye enfrentamientos y división?

GR.—Bueno, yo esto lo veo por lo que supone de positiva la verdad. La verdad es importante; o sea, que, si me apuraras, a lo mejor te decía que, más que por el cambio que está esperando de conducta por estas palabras, lo está diciendo por el testimonio para que quede ahí, porque no puedo aguantarse más esta verdad sin decirla, porque quiero que quede dicha y que no digas que nunca te abrieron los ojos en este punto. Para mí, el sentido de la verdad y de la honestidad es tan fuerte en los Profetas, en el AT y luego en el NT, que yo creo que priman muchas manifestaciones por el mero sentido de la honradez. Un verdadero santo, decían ellos, no es el que no miente a los demás, sino el que no se miente a sí mismo y no se guarda lo que siente que debe decir.

PM.—Se suele decir en educación que los niños son unos auténticos profetas que traen dentro las semillas del futuro. De ahí el que se propugnen métodos que ayuden a que se sientan libres y atentos a su mismo mensaje interior. Sin embargo, el pueblo hebreo parece que machaca a los niños: tanto precepto, tanto volver atrás sobre lo que fueron, tanta tradición, tanto encerrarse en lo pasado y no dejar que caminen hacia su futuro. ¿Es esto cierto?

GR.—Es muy interesante de nuevo la comparación y discordancia de lo griego y lo hebreo. Para nosotros, el futuro está delante; el pasado, detrás. Para el hebreo es al revés. El hebreo, al futuro lo llama «detrás» y el pasado es la misma palabra que delante. Para ellos, el tiempo no es como paña

los griegos y para nosotros algo que está ahí como una percha donde colocas tus fechas y le vas colgando acontecimientos e historias tuyas fuera de ti. No, para los hebreos la idea de tiempo no es algo que pueda extraerse de tu propia vida que estás viviendo dentro de una generación y una historia. Hasta tal punto que, precisamente la idea profunda de este «delante» y «detrás» viene de cómo conciben la vida a modo de peregrinación detrás de las generaciones que la han precedido; la historia y el tiempo es un caminar a través del desierto en fila india para seguir las pisadas del otro; porque, sólo siguiendo las pisadas del otro, vas aprovechando ya la resistencia que ha ido haciendo hoyos en la arena. Entonces, el pasado es lo que va delante, son los que me han venido precediendo; el futuro va detrás de mí.

PM.—Pero ese estilo de caminar sobre huellas antiguas, ¿no pierde creatividad?

GR.—Bueno, eso trae de ventaja un gran sentido de pertenencia al grupo, que va avanzando y no te vas quedando solo. La libre expresión de esa «tonadilla» que traes contigo está muy bien; la traes desde la cuna y luego toda la vida consiste en irle poniendo armónicos a cuanto llevas dentro ya. Pero tiene el peligro de que puedes perder suelo y vienen entonces soledades profundas. En cambio, si estás incorporado en un grupo, resulta que la «tonadilla» tuya sí, pero dicha y cantada en la carreta de todos y viendo cómo cantan otros también y sabiendo que es una tonadilla que tiene que componerse en un tono general que es, por ejemplo, el de «la sostenido». Esta pertenencia a la carreta que sigue las pisadas de los otros es la textura en la que puede decirse aquello del Evangelio pronunciado por Jesús: «El que no viene detrás de mí —dice realmente detrás de mí— no puede ser mi discípulo». Y es que en hebreo no hay manera de decir «el que no viene conmigo»: venir conmigo es igual a venir detrás de mí. Vamos en fila india, siguiendo huellas.

PM.—Suele decirse que el pueblo hebreo es un «pueblo apartado» de los demás, como una autonomía independiente y que no tiene en cuenta al resto. ¿Es eso tener sentido abierto educativo?

GR.—El tema de la autonomía sucede en la época de los Jueces, donde se viven las autonomías en plenitud y para ellos constituye una época dorada: las diversas tribus viven esa responsabilidad cuando no había Rey en Israel y cada uno hacía lo que le parecía bien a sus ojos.

Yo creo que espíritus muy universales han estado muy afinados a lo suyo y que quizás sólo cuando se ama mucho lo propio es uno capaz de afirmarse en lo propio y sentir gusto de que los demás hagan lo mismo con lo suyo propio. En el fondo, a mí me parece que eso que hemos dicho muchas veces que «la caridad empieza por uno mismo» debe enten-



derse que si no te amas y valoras a ti mismo no puedes amar y valorar a los demás. Decía el Rabí Aquiba: «¿Si yo no soy para mí, quién va a estar para mí? Pero si yo soy sólo para mí, ¿quién soy yo?» Yo soy el que me tengo que sacar las castañas del fuego. Si no me preocupo de vivir lo mío, ¿quién se va a preocupar? Ahora, si sólo me preocupo de eso, ahí estaría el fallo. Entonces, encerrarse en esa cancha es quedarse reducido a nada.

PM.—Si hoy vuelven los Profetas —aquí estás tú— ¿qué dirían de nuestros Colegios? Haz una profecía que comience algo así por «¡Ay de vosotros...!» que cierre con un tono profético toda esta nuestra conversación.

GR.—Lo intentaré.

«¡Ay de vosotros, esos niños que estudiáis en los Colegios bien preparados, con los adminículos de la ciencia pedagógica! ¡Ay de vosotros si no pensáis, cuando estáis estudiando todo eso, en todos aquellos que no tienen el acceso que vosotros tenéis a esos medios, porque llegará un día en que, si no habéis aprendido para los demás, si no sois conscientes de ese privilegio, que no es fruto de vuestro trabajo, sino en muchos casos de la injusticia que se cometió con los otros, llegará un día en el que los que no tuvieron esos medios vendrán sobre vosotros; llegará un día en que vais a estar tan levantados y tan solos que será así para vuestra perdición...!»

«¡Qué me diríais, hombre de Israel, porque me ha pasado lo siguiente: Yo quise hacer un Colegio que fuera luz de los Colegios, un Colegio en que estuviera toda la pedagogía representada en el último grito, un Colegio para que salieran de allí, los que allí se educaran, dispuestos no a comerse al mundo, sino a servir al mundo, un Colegio en el que se cumpliera lo del sacar de cada uno lo mejor de sí mismo... pero qué me diríais, hombres de Israel, si el servicio se volviera egoísmo, el judo, más que un combate, una llave para atar al otro, la esgrima una aguja puntiaguda...!»

Bueno, algo así.

PM.—Muchas gracias. «Miserere mei, Deus», que diría el profeta David. ■

Actividades PM

013. ROLE-PLAYING



1.—Todas las personas estamos llenas de clarividencias, temores, sospechas, deseos según nuestras intenciones o proyectos más o menos realistas de futuro. Sin embargo, no todo va a ser posible porque nosotros mismos a veces los impedimos. De ahí nace la pedagogía: alguien que entiende quizá cómo ayudarnos para cumplir lo que necesitamos. En este sentido, la Biblia es un tratado de educación pedagógica. Y unos de sus maestros, los Profetas. Leed en grupo dos pasajes: el de David (2 Sam. 11-12) y el de la viña (Is. 5). ¿Qué opináis de ese método del «reflejo provocador»?

2.—Muchas veces el «decir las cosas a la cara» se tacha de caradura y otras de noble. Desde el punto de vista educativo, ¿qué pensáis?

3.—¿Está reñido el vivir con «raíces», seguir la tradición, someterse con la creatividad? ¿Puede uno ser libre sin haber escogido a quien pertenece? Discutid estos aspectos.

4.—Construid cada uno una profecía sobre lo que queráis. Primero, para coger un cierto tono, leed algo de Isaías o de relatos del Evangelio. Luego, copiad alguna frase y echad vuestro alegato educativo. Tomad el papel de un «tipo de profeta», hablad en vez de otro. Haced un Role-playing con ello.